

FA. 10172

R. 89.681

LA SIBILA

DEL

BERNESGA

A FERNANDO VII

EL DESEADO,

EN SU NUEVA Y GLORIOSA

EXALTACION AL TRONO

DE LAS ESPAÑAS.



LEON: IMPRENTA DE LA VIUDA DE RIVERO.

AÑO DE 1820.

ADVERTENCIA.

Este papel se imprimió en el año azaroso de 1814, y sin que hubiese lugar para su publicación en la Corte (adonde se remitieron algunos ejemplares) ni aun para que llegase á las Reales manos de S. M., le hubo no obstante para el arresto de su autor, que sufrió por ello tres meses de encierro incomunicado y cuatro años de prision.

En esta nueva edicion no se ha alterado una sola cláusula en todo su contesto, apéndice y nota que le subsigue: en cuya fé puede cotejarse con el ejemplar que obra en la Chancillería de Valladolid por cabeza de la causa criminal que se ha seguido contra el autor.

CONSECRACION

Á L. C. M.

DE FERNANDO VII.

“SEÑOR: El amor de la Patria ha dictado este papel, el deseo del bien general le ha publicado, y la adhesion y gratitud, que por mi parte son debidas á V. M. (como os lo descifrará mi propio nombre) le consagran de justicia á vuestra Real Persona. ¡La que el cielo conserva á medida de las deprecaciones de todos vuestros súbditos!”

Tales fueron, Señor, las reverentes palabras en que estaba concebida esta dedicatoria en la época desventurada á que se refiere la advertencia antecedente; pero en estos faustos dias en que vuelve á gozar de la luz pública, y en que ha ex-

perimentado V. M. los dulces efectos de las predicciones (ya cumplidas) que encierra todo su contenido, no es fuera de propósito el fijar vuestra Real atención sobre que los hombres incautos, que, afectando amor á V. R. M., extraviaron entonces vuestra noble inteligencia, no consagraban sus esfuerzos ni al esplendor de vuestro trono excelso, ni al bien de vuestra ínclita Persona, sino al interes peculiarísimo de las suyas propias. Y tal debereis, Señor, juzgar siempre de cuantos se atrevieren en adelante á consagraros vanas lisonjas de su adulacion.

Leon 1.º de Julio de 1820.

SEÑOR.

A L. R. P. de V. C. M.

Luis de Sosa.

APÓSTROFE

Á FERNANDO VII

MONARCA DE LAS ESPAÑAS.

Desengañense los Príncipes absolutos y cedan en el triste empeño de resistir á la verdad, que, despues de conocida, les será tan dulce como ahora amarga la falsedad que los deslumbra.

(Pág. 29.)

EL ESPECTADOR.

En las orillas del Bernesga, cuyas óndas claras y apacibles sirvieron de espejo en los remotos días á las torres de la antigua Sublancia, y en la desnuda y solitaria alameda (en otro tiempo concurrida y hojosa) cerca del campo en que se unen las líquidas aguas de aquel valle con los raudales del Torío, paseaba yo una tarde de las mas templadas del voluble Marzo, gozándome en la claridad del sol y huyendo de sus rayos por entre los ramosos árboles. Allí me senté sobre un grupo de céspedes, y con la vista fija en la mansa corriente de un cáuce que los baña, me entregué á la contemplacion de las cosas de la Patria. Y cuando la intension se habia ya apoderado de mi espíritu, me pareció sentir un ruido asombroso que me hizo estremecer, cayéndoseme de la mano las epístolas de Séneca. Desde entonces no vi por largo tiempo otro objeto que una densa nube de puntas brillantes y movibles semejante á una lluvia de fuego en menudas pavesas. Me esforcé cuanto pude á resistir el embate de aquella que me

parecía ilusión; pero fue en vano todo mi contacto: la metamorfosis creció hasta el último grado del enagenamiento. En su transcurso experimenté, sin duda, muchas y diversas emociones que no pudo retener mi agitada memoria. Referiré no obstante como mejor pudiere lo que tube presente en el momento de mi recobro, conforme lo trasladé al papel luego que llegué á mi aposento.

La nube como de fuego fue perdiendo su densidad, el ruido decrecía al par que se fue aumentando mi admiración, y entonces observé no lejos de mi un mausoléo suntuoso y elevado cuyos capiteles de jaspe y bóvedas de mármol se iban desmoronando aun tiempo como la estatua de Nabuco al impulso de la piedrezuela. Así desapareció el medio cuerpo de este grandioso edificio hasta descubrirse en su centro una preciosa urna de alabastro, de cuyo seno se alzó de improviso, llenando de un nuevo resplandor aquel recinto, á manera del relámpago que precede al trueno en la obscura tempestad, una jóven donayrosa, aun mas blanca que el alabastro do apoyaba sus plantas, roja como el carmesí, sus cabellos negros y ondeados en dos crenchas iguales la cubrían el pecho de uno y otro lado; con el brazo izquierdo extendido y

9
levantado á la altura del hombro parecia exigir un atento y respetuoso silencio; y en la mano derecha ostentaba un libro abierto de térsos pergaminos en aptitud de ofrecerle á sus ojos. Yo la miraba absorto y como encantado, y en este tiempo advertí que dirigiéndome sus miradas alhagüeñas fijó del todo en mi su vista penetrante y dulce, y me habló de esta manera:

LA SIBILA.

Los manes benéficos que velan sobre mi sepulcro han sentido la ansiedad que te agita, y ellos interrumpieron mi eterno reposo para darte consuelo. Oye, escribe y publica cuanto te descubriere. Yo pisé un dia el suelo de la gran Sublancia, sobre cuyas ruinas corren las aguas, y arrastran el arado los cansados bueyes, predije entonces, entre otros sucesos, las menudas circunstancias de su destruccion, y no se tubo cuenta de mis vaticinios hasta que se vieron cumplidos mucho tiempo despues que el término de mis dias. Entonces honraron sus naturales á mi memoria con este monumento, y colocaron al lado de mis cenizas este libro, trasunto fiel de mis predicciones. Si yo me ocupase de la vanidad

que excita la ambicion de los mortales, leeria muchas páginas de esta obra, y en cada uno de sus caracteres (hora imperceptibles) te mostraria un testimonio de mi saber y una causa para tu admiracion, aun acerca de los grandes acaecimientos que ha visto nuestra Patria en los dias de su gloria; mas para tu convencimiento, y el consuelo que necesitas, será bien y bastante que yo lea este solo párrafo.

(Entonces apartando de mi su vista consoladora la inclinó hácia el blanco pergamino y leyó)

Cuando tales cosas hubieren acontecido y asome la felicidad á los umbrales de la grande Nacion, una plaga de antropófagos se levantará dentro su propio seno para devorar las opiniones de los sábios; encenderá su tea la discordia, y serán afligidos los ánimos de los buenos. La envidia erguirá su cuello, y con la cabeza crinada de víboras esparcirá el amedrentamiento; porque todos los espúreos que abandonaron á la madre cuando zozobraba su combatido bajel correrán ahora para asirse del timon de la nao; pero los afortunados pilotos que la salvaron, supliendo la pericia con sus esfuerzos, no

renunciarán á la penosa prerogativa de dirigirla hasta asegurar su rumbo: pues que fortalecido su corazon con su justicia arros-
 trarán el riesgo sin que la calidad de ser pocos en número debilite sus esperanzas. No-
 ches de consternacion precederán á los dias del triunfo; mas este llegará, porque el in-
 menso pueblo entreverá su bien y no con-
 sentirá que se vuelva á tender el negro velo,
 ya rasgado, que le cubria. Y preparado asi
 el camino delicioso para el héroe, vendrá
 este á recibir las bendiciones de la multitud,
 quebrantando el deseo de sus enemigos. Ven-
 drá, sí, el tierno objeto que ha ocupado tan
 distinguido lugar en mis predicciones. Ven-
 drá aquel cuyos trabajos he numerado, aquel
 á quien, teniéndole yo como delante de las
 niñas de mis ojos, consagré el siguiente

APÓSTROFE.

¡O Jóven Monarca tan perseguido como
 deseado! Vuestra nueva presencia será ya co-
 mo la de los cedros del Líbano que no arran-
 ca el embravecido Aquilón, y vuestros dias
 se multiplicarán como los de las palmas. El
 rocío se asentará sobre todas las miéses de la

tierra prometida, y la cizaña desaparecerá de sus sembrados. Acallaránse las cuitas de la viuda desamparada, y no verterán ya lágrimas los ojos del huérfano pereciente. Los malos os maldecirán como el codicioso pescador que blasfema de la venida de la auro-
ra; pero los buenos en mas crecido número os colmarán de sus bendiciones: mas entretanto abrid vuestros oídos para guardar mi acento, porque os hablaré cosas maravillosas sin alegorias ni parábolas. No voy á referiros los acaecimientos que en vuestra sentida ausencia constituyeran á la Espéria en el mas alto obelisco que habrá captado la admiracion de todo el universo. Para tales acaecimientos no serian mis lábios instrumento adecuado á su grandeza. La explosion del amor natural de todos los pueblos de España hácia su suelo, y el heroismo en defender sus altares, sus propios derechos y vuestro mismo sόlio, los vereis escritos do quiera, sobre la arena, en los troncos de los árboles, y hasta en las losas que cubren á los sepulcros. No ha sido mi ánimo embargar vuestra admiracion, ni excitar vuestras lágrimas inculcando hechos tan estupendos. Deciros pretendo, solamente que en vano habrán sido vuestros trabajos,

los cruentos sacrificios de la Nación heróica y las ardientes deprecaciones del pueblo generoso que de nuevo vais á regir, si vuestras plantas pisasen la huella inmunda y cenagosa por donde vagaron vuestros antecesores, quizá con tanta repugnancia de su parte, como deseo de la de los malvados que así los precipitaron en el abismo á donde corrian asidos de los brazos de sus mentores perversos. Esta raza aun no se ha acabado, y durará por desgracia de los Reyes y de sus súbditos, mientras duraren los súbditos y sus Reyes. Vuestras personas, Señor, semejantes á la púrpura que las adorna, conservan siempre el fomes de los aduladores como vuestros mantos el de la polilla, y conforme esta los surca y los corroe cuando no los ventila el ayre libre, así aquellos dilacerarán vuestra sagrada opinion cuando no escuchais la voz libre de la razon pública. Este único punto reclama toda vuestra atencion.

Cual salen los enjambres furibundos de la estrecha colmena, hinciendo el ayre con sus zumbidos, y cubriendo de sombras el mustio tronco en que pretenden apiñarse, volarán, Señor, en derredor de vuestra persona los enjambres de aduladores. Ellos os mostra-

rán su compasion lamentando vuestras desgracias y ostentarán su júbilo celebrando vuestras glorias; renovarán vuestras heridas humedeciéndolas con sus lágrimas, y ensalzarán vuestras dichas entonando cánticos de regocijo; pero ¡ah Señor! no os dejeis fascinar de sus apariencias, que sus lágrimas serán acaso semejantes á las del cocodrilo, y sus cánticos á los de las sirenas: oid, si no pudiereis menos, sus palabras; pero no escuchéis jamas sus discursos: permitid, á mas no poder, que serpentéen como los áspices en torno de vuestro sόlio, pero guardaos de que os apliquen su ponzoña: y á la manera del acucioso labrador, que para preservarse del aguijon de las propias abejas cubre su rostro con mázcara de tejido alambre, preservaos tambien vos mismo de las sugeriones de los aduladores, escudando la faz de vuestra justicia con la cota de la razon.

Vos, Señor, entraís á pisar un nuevo mundo: las luces desterradas antes del suelo do habreis vuelto á fijar vuestras plantas, han recobrado una parte asombrosa de su justo poderio, y reclamarán incesantemente su complemento.

La carrera sublime que vais á emprender

os parecerá tan estraña como recta, tan nueva como justa, y tan desconocida como gloriosa. Por desgracia serán tantas las causas fastosas que se unirán para persuadiros esta novedad, esta estrañeza y este desconocimiento, que, á pesar de las nociones sublimes con que se ve vuestra alma enriquecida y hermoseada, y aun á pesar de hallarse vuestro ínclito pecho amaestrado en la escuela del infortunio, humillarán por un instante vuestra noble inteligencia, y afligirán vuestro corazón antes de descubrir lo recto, lo justo y lo glorioso del nuevo rumbo que habeis de seguir. La casualidad de vuestro nacimiento, el sistema de vuestra educacion, el ejemplo de vuestros padres, la solitud de vuestros domésticos, la condescendencia de vuestros privados, y la sumision, en fin, de cuantas cosas rodeaban en otro tiempo á vuestra sagrada persona, todo, todo conspirará de lleno contra vuestro convencimiento. Y lo que es mas, los esfuerzos de aquella multitud de hombres, de que os acabo de hablar, que se desconocen á sí mismos, os auxiliarán en la empresa de cerrar las puertas al desengaño. Ellos os dirán que las llamadas nuevas instituciones son quimeras de imaginaciones

exaltadas; que el libro elemental de vuestra monarquía (cuyos estatutos, sellados con vuestro juramento, serán el arca de la alianza entre vuestra persona, las de vuestros súbditos, y la del mismo Dios) es obra de unos pocos impíos; que la Nación, á que teneis la dicha de pertenecer, es una herencia vinculada en vuestra familia; que los individuos de aquella son vasallos natos de vuestra Real Persona; que vos sois el Soberano exclusivo de cuanto nace, florece y perece en el vasto territorio de los dos continentes españoles; y que vuestra sola voluntad es la suprema ley que ha de regir á todos los seres de ambos emisferios. Y aun apoyarán esta doctrina con las mismas palabras sagradas en que habrán apoyado otros protervos la legitimidad de un *usurpador de vuestro trono*. Y os dirán mas: que semejantes instituciones propenden á minar los fundamentos de la sacrosanta religion; á denigrar la autoridad de vuestra sagrada persona; á decrecer vuestra representacion y obscurecer vuestro esplendor. Concluyendo, acaso, con persuadiros que á vuestra felicidad conviene el derribar *ese artefacto débil del alucinamiento*.

Mas no los creais, Señor, ó al menos no

cedais ligeramente á sus inicuas sugeriones, haciendo una visible injusticia desde vuestro trono á los que defendieron el trono mismo á que habreis sido restituido por su denuedo amor y lealtad. Consultad primero al hombre docto que al lado de vuestra persona habrá tomado gran parte en vuestros trabajos y excitado vuestra consolacion. Y llamad antes cerca de vos mismo á los sábios que mas se alejen de vuestro palacio, á esos hombres prodigiosos cuyo mayor elogio se cifra en los anatemas que habrán proferido contra ellos los viles adadores que os rodeen. Llamad, sí, llamad á esos mismos que os los retratarán como irreligiosos y desapiadados: llamadlos, Señor, examinad su conducta, y vereis en ella disipada la calumnia y confundidos los funestos hipócritas que ostentan la santidad y aborrecen á la virtud. Llamadlos, Señor, y escuchareis de sus labios las verdades luminosas que por desfortuna os ocultarán los que haciendo, quizá, una traicion á su propio entendimiento procurarán hacer al vuestro el mayor de los males que podeis sentir sobre la tierra. Llamadlos y os dirán que las santas instituciones, que apellidan modernas, son tan antiguas como el

mundo; porque está escrito que nada hay nuevo debajo del sol: que ese libro elemental de vuestra monarquía es en su espíritu y letra la expresión de los estatutos jurados por vuestros remotos antecesores; y que es en suma el complemento (y no exagerado) de las máximas de la justicia inspiradas por la misma naturaleza, por Dios mismo, autor supremo, hacedor único, y conservador eterno de todas las sociedades. Llamadlos y os dirán que todos los miembros de vuestra monarquía, como todos los individuos de cualquiera nación, ni son ni pudieron ser jamás el patrimonio de ningún conquistador, á cuya fuerza ó artería cedió la debilidad ó la ignorancia de los conquistados, que siempre pueden y deben reclamar la justa libertad como un don inamisible del propio Cielo; pues que todos los hombres del mundo fueron criados por el Ser Supremo de un propio modo, nacidos de una propia manera y destinados á un propio término, ya desaventurado ó ya glorioso, cual fuere su merecimiento en el desempeño de sus deberes religiosos conforme á las leyes divinas, y en el cumplimiento de sus obligaciones sociales conforme á las instituciones humanas. Os

dirán que la suprema de estas es la conveniencia pública expresada por la voluntad general en todas las sociedades. Ellos os manifestarán el sencillo origen que pudieron tener estas en la infancia del mundo, y como se instalaron las primeras monarquías. Os mostrarán en los libros sagrados como por disposición del mismo Dios eran señalados y ungidos los Reyes de Israel, no obstante haberlos concedido Dios mismo al pueblo escogido en toda su indignación. Y en la historia profana os marcarán las diferentes sendas por donde fueron conducidos al trono muchos varones eminentes sin que hubiesen heredado su investidura, y aun los extraños accidentes que elevaron á otros á esta dignidad, y hasta los acaecimientos ridículos que ciñeron la corona á las sienes de muchos aventureros, debiendo alguno de ellos el cetro á un relincho de su caballo. Y os presentarán en fin el glorioso ú desgraciado término que respectivamente han tenido los buenos y malos Príncipes de todas las naciones. Ellos os convencerán de que las llamadas nuevas instituciones bien lejos de combatir *en vano* á la Sagrada Religion (cuyos divinos fundamentos serán por siempre indestructi-

bles) la proclaman exclusivamente sobre la extirpacion de todas las sectas abominables; que bien lejos de denigrar la autoridad de vuestra Real persona la elevan al mas perfecto lustre que es dado en el órden de la naturaleza; que bien lejos de descrecer vuestra representacion, la ensalzan al último grado de lo humano; y que bien lejos de obscurecer vuestro esplendor, le comunican el brillo mas refulgente, que puede imaginarse entre los hombres. Concluirán tambien, Señor, con demostraros que vuestra única felicidad sobre la tierra extriaba esencialmente en esa obra sólida, erigida por los votos de vuestros súbditos y cimentada sobre sus mismos corazones; en esa carta sagrada cuyo rescate habrá sido sin número, peso ni medida la costa de su propia sangre.

Y aun no podrán menos de inculcaros estas verdades con toda la firmeza de su espíritu hasta el término irresistible de la pura evidencia para alejar la catástrofe, que habrán provocado los enemigos del órden: enemigos de vuestra persona, de vuestro pueblo, y de sí mismos. ¡Catástrofe terrible! cuya sola idea cubriria de luto á vuestra memoria, de pavidéz amarga á

vuestro corazon, y de lágrimas de sangre á vuestros ojos. Pues si el derribar un edificio añoso y socabado (cual era el de las corrompidas fórmulas del despotismo) cimentado sobre las bases movedizas de la arbitrariedad, ha producido tan ensangrentadas escenas ¿qué de nuevos torrentes no se derramarían para derrocar la obra fluyente y fuerte que habrá sido reedificada sobre las zanjas profundas de la justicia y de la naturaleza? No es bastante que los enemigos del bien sean necios, es preciso que sean obstinados para desconocer su error. En vano verán que el añejo sistema del arbitrarismo se habrá marchitado en medio de las aguas mismas que le fertilizaban, á triste ejemplo de las junqueras esponjosas y de los fofos cañaverales, que en medio de las lagunas cambian su pomposo verdor por la desnuda amarillez, de que huyen ya hasta las sabandijas ponzoñosas que se acobijaban á su sombra. Y en vano habrán visto que la conveniencia pública en todas las naciones esforzadas, que la libertad civil, una vez establecida, se hace luego superior á los tiros del despotismo, á la valiente semejanza de los fuertes acebos, y de las duras encinas que nacen sobre

los peñascos escarpados, cuyos arbustos reciben nuevo vigor con las segures de los leñeros, brotando de cada rama talada mil vástagos lozanos en la florida primavera. No crecieron las siete cabezas de la Hidra formidable de Lerna con tanta presteza y bravura, como se multiplicarán los brazos cortados con el hierro que los aprisiona, cuando por la vez primera lograron romper sus cadenas. ¡Estúpidos! ¿Como el inmenso pueblo que habrá entrevisto la felicidad restituida á sus hogares, de do se la arrancaron los Protéos ministeriales, desgarrando el pecho de la Patria para mejor devorar ellos sus entrañas, como renunciarían al recobrado derecho de gozar la luz volviéndose á soterrar en la densidad de las tinieblas? ¡Ah! el humano entendimiento tarda, es verdad, tarda en conocer á la verdad misma; pero despues de conocida no retrograda jamas. Los hombres de buena fé son siempre unas víctimas consagradas al templo de la verdad santa, y antes se desprenden de la misma vida que del propio convencimiento.

Ni podrán menos de inculcar la importancia de estas verdades y la utilidad recíproca aun para los propios entusiastas que las re-

sistan. ¡Fátuos! que pusieran en el extremo de una balanza aquel interes personal de que se hubieren desprendido, y aquella consideracion individual de que se hubieren despojado, y que pusieran despues en el otro extremo el interes general que se sigue á todos sus descendientes y la consideracion universal que resulta á toda su posteridad; y que examinasen luego si el goce injusto de las violentas prerogativas, si el bárbaro placer de ostentar la férula de bronce, con que entronizarian á uno solo de sus sucesores sobre el abatimiento de todos los demas de su estirpe, es de mas peso y de mayores quilates que la satisfaccion entrañable y paternal de considerar á toda su descendencia puesta á un solo nivel justo y racional, donde la virtud y el merecimiento tendrán solo el derecho de descollar sobre la negligencia y sobre el crimen. Donde todos disfrutaran de aquella igualdad santa delante de la ley que hace á los gobernantes circunspectos y á los gobernados comedidos; sin que el pobre desvalido añada al sentimiento de su indigencia el de los baldones y los denuestos de los poderosos. Donde aquella paz interior que inspira á cada uno el cumplimiento de sus deberes, segun la ley,

sea trascendental desde el palacio engreído hasta la humilde cabaña; sin que el miserable inocente sea atropellado en su lecho por los satélites del despotismo. Donde finalmente aquella balanza fiel de Astréa no se incline jamás (ni en la distribución del premio, ni en la aplicación del castigo) hácia el lustre de las personas, sino únicamente hácia las obras de cada uno, cual fuere, virtuoso ó delincuente.

É inculcarán también esta propia importancia con respecto á vuestra misma persona: y para convenceros del bien exclusivo que os habrá reportado á vos mismo, empeñarán vuestra reflexión en la responsabilidad terrible que haría gravitar sobre vuestra persona el tremendo poder absoluto, cuya preponderancia inconcebible os abismaría á la manera de los montes que se desplomaron sobre los necios Titanes. Y de repente os harán pensar en el giro noble sencillo, magestuoso y santo que os habrá preparado el justo poder dentro los límites de la razón, y que hará vuestra marcha tan firme y espectable, como el reglado movimiento de la dorada mano de un reloj que desde la altura de la torre encumbrada alegra la vista y satisface al deseo de los viajeros.

Ellos reclamarán, Señor, á este intento vuestra atención, y la fijarán sobre objetos comparativos que no os dejen razon de dudar: pondrán ante vuestros ojos las instituciones de otras monarquías, señalándoos con su dedo las del antiguo Reino de un nuevo Príncipe coronado, cuyos laureles habrán cubierto de sombra á las palmas del tirano que os habrá aherrojado. Os mostrarán las bases de otros sólidos eminentes, fijando vuestra contemplación sobre el trono esplendoroso del que habrá sido vuestro mayor y mas generoso aliado. Y entonces vos mismo os hallareis en estado de reducir el problema á la demostración. Entonces vuestro noble entendimiento correrá solo por la esfera de la despreocupación, y os llenareis de un asombro agradable y consolador con la meditacion de estas verdades.

Os transportareis entonces, vuestra alma sensible al verse como restituida á la órbita de su naturaleza, de donde se figurará que ha sido extrañada hasta ahora, prorrumpirá en una tan grande efusion de sentimientos que ella misma no sabrá ordenar sin el auxilio del tiempo; mas creciendo su convencimiento al par de su alegría, verá que á las áridas

fórmulas del despotismo, de que se mira despojada, suceden las amenas y agradables de la humanidad de que se sentía conmovida: á cuya vista desaparecerá de vuestro augusto pecho aquel tedio atormentador de los Príncipes absolutos, y se llenará aquel vacío espantoso que aqueja á todos los hombres sensibles cuando no hallan para su trato algun amigo cortado á la medida de su corazón. Respirareis entonces el ayre puro de la sencilla amistad, á cuya benéfica influencia se oponia por una parte el carácter aislado de vuestra persona, y por otra el tremebundo respeto que inspiraba su investidura á los mismos que distinguiais en vuestro cariño. La verdadera amistad, única delicia sobre la tierra, exige ademas de la conformidad de sentimientos una cierta igualdad de circunstancias que era en un todo inadecuable á vuestro antiguo predicamento.

¡Qué errados son los juicios de los hombres cuando pierden de vista el norte de la razon! Los Reyes, estos seres privilegiados por las circunstancias en que quiso colocarles el Ser Supremo, y destinados por ellas al goce de la felicidad privada y al sostén de la prosperidad pública, hasta se han hecho á sí

mismos mas infelices cuanto mas poderosos, mas desgraciados cuanto mas absolutos; pues haciéndose pertenecer á una distinta especie inconcebible en el órden de la naturaleza, á dura semejanza de los huesos petrificados (cuyo fenómeno, sin corresponder á ninguna especie conocida en el órden mismo de la naturaleza, es solo un efecto de sus raras combinaciones) viene á ser cada uno un raro fenómeno, un solo morador de una de las infinitas regiones de la inmensidad que separan al Criador de sus criaturas, al mismo Dios de los propios hombres. ¡Inconsiderados! En el reino mineral se cruzan las venas de los metales mas preciosos; en el vegetal, se rien las floridas plantas de una propia familia; en el animal, el coronado leon alterna en sus rugidos con otros mil que hacen retumbar por la selva los demas cachorros de su linage; por la espaciosa region del viento se remontan á competencia muchas águilas reales; y muchos ballenatos hienden las aguas del mar; hasta en el mundo mitológico se asocian los Dioses entre sí para mejor gozarse aquellas mentidas Deidades. ¡Solos los Reyes absolutos se ven condenados entre los demas hombres á sufrir la pena de Tántalo! Los únicos seme-

jantes en su rango, esto es los Príncipes entre sí, bien lejos de cultivar una correspondencia grata y amistosa, único desahogo que puede permitirles la distancia que los separa, no solo se mirarán recíprocamente (aun sin conocerse) como rivales zelosos, sino que en general se tratan como enemigos encarnizados. Y no reconociendo en la naturaleza otra clase de seres que digan relación á su semejanza, en vano buscan los consuelos de la humanidad fuera de la humanidad misma, á que no podría menos de pertenecer ni dejar de sentir sus vehementes estímulos, el déspota mas afortunado que lograrse dominar á todo el universo. Y así cuando, por contrario extremo, ultrajando su dignidad suprema, se abandonan á los fuertes impulsos de su naturaleza cediendo á los encantos de las *Circes*, ó á los primores de los *Mársias*, solo consiguen el convertirse en juguete de los caprichos de aquellos, y jamas, ni en los accesos de su furor, ni en los desmayos de su espíritu, jamas encuentran ni la sinceridad del consejo ni el aliento de la consolacion; porque sus hombres de estado, ocupados mas del temor que del amor hácia sus Señores, solo atienden á lisonjearles siempre en sus pasiones y

nunca á confortar su razon: los obedecen, sí, los respetan y los aman, si es posible; pero su obediencia, su sumision y su afecto, son sinónimos del terror: cuya monstruosa influencia confunde el verdadero origen de estas tres nobles acciones: porque la obediencia solo es debida á la ley, el respeto á la dignidad, y el amor á la persona.

Desengañense los Príncipes absolutos y cedan en el triste empeño de resistir á la verdad, que, despues de conocida, les será tan dulce como ahora amarga la falsedad que los deslumbra. (¡Hombres sensibles, que rodeais do quiera á sus sagradas personas, contribuid á este gran triunfo de la humanidad..... el mayor de todas las batallas!)

Vos mismo lo experimentareis, Señor, vos mismo sentireis la dulzura de las emociones que os causará este íntimo conocimiento; pues la nueva marcha que ha de seguir V. M. cuanto mas se aleja de aquel punto ominoso del reino del arbitrarismo, tanto mas se acerca al término bien hadado del imperio de la razon, de la justicia y de la propia humanidad. Cuyo dichoso término, sobre ser el único fundamento de la prosperidad de vuestros súbditos, es el apoyo exclu-

sivo de vuestra misma felicidad: pues que libre en un todo de la responsabilidad absoluta que gravitaba sobre vuestra aislada persona, os elevareis á un excelso punto de vista, desde el cual solo será dado á vuestro poder el obrar el bien, sin que jamas se pueda extender vuestro potente brazo para la ejecucion del mal. ¡Qué delicioso alcázar para la mansion de la virtud! ¡Qué dulce iman para fijar el amor y la confianza de todos vuestros súbditos!

Asi cuando ostentáreis en el trono todo el lleno de vuestra autoridad, hallareis en vuestros ministros rectos, francos y confiados, el sostén de la sabiduría, hermanada con el afectuoso respeto: y cuando dejeis reposar vuestro cetro sobre los dos globos, para refrigerar vuestro espíritu fatigado, hallareis en el resto de vuestros súbditos, que os rodeen, el amor respetuoso debido á las virtudes que adornan á vuestra persona, el amor puro, el amor verdadero destituido del pánico temor servil que empaña el semblante de los esclavos. Y cuando eligiereis para vuestro íntimo trato sugetos dignos de vuestra privanza, sentireis el nuevo placer que os producirá la intimidad de vuestros allegados

lLENOS de franqueza y sinceridad, únicos caracteres en que se cifra y con que se alimenta la agradable y útil correspondencia. Así encontrareis en ellos el don de consejo para vuestras deliberaciones privadas: y no serán ya semejantes á los viles favoritos que se jactaban de las profanaciones del trono, haciendo execrables á la faz de su pueblo las sagradas personas de los Monarcas mismos, que sostenian con su poderosa mano á tales prevaricadores para que les usurpasen la autoridad del cetro. Y hasta el público se gozará muchas veces al veros rodeado de la régia pompa debida á vuestra grandeza; y otras se gloriará al miraros de hito en hito libre del régio aparato, sin que ofendan á su vista los rayos de la magestad, y sin que esta sufra ninguna mengua en su esplendor, como no ofenden los rayos del sol á los nobles ojos del águila esforzada, ni aquellos padecen menoscabo en sus fulgores.

Entonces, Señor, mirando á los Españoles heróicos por el prisma de la razon y de la justicia, vereis en cada uno, no un vasallo tímido, no un siervo mercenario, no un esclavo corrompido, sino un súbdito obediente, amante y denodado.

Entonces viéndoos vos á vos mismo al frente de la Nacion magnánima, dando impulso á los resortes fabricados por ella misma para su propio gobierno, y dispensando los cuantiosos dones que habrán sido cometidos á vuestra mano liberal, os mostrareis siempre á su faz con la satisfaccion interior de que jamas amancillarán vuestra opinion los rumores de los sediciosos, pues semejante al ástro del dia que alzándose en el oriente dá vida con su innato calor á las plantas saturadas del rocío saludable, y destruye y abrasa á las que se impregnaron de la negra escarcha, asi con el vigor de la ley premiareis vos á la santa virtud y castigareis el horrendo crimen, sin que os detengan los detractores, como no detienen el curso del planeta radiante los malhechores que maldicen su luz.

Entonces, en fin, sazonado vuestro convencimiento con vuestras reflexiones auxiliadas por las luces de los sábios, os hallareis en estado de comparar el nuevo sistema que os habrá preparado la razon, con el añejo sostenido por la arbitrariedad. Bendecireis vuestros trabajos, y hasta el brazo alevoso que habrá pesado sobre vuestra inocencia en

la dilatada esclavitud, de que habreis salido triunfante para gloria de la Patria y de vuestra persona.

EL ESPECTADOR.

A este tiempo un trueno estrepitoso puso término á mi enagenamiento, y vi que la estrella de la tarde ya se ocultaba entre los montes; por lo que me dirigí á mi mansion, y en el silencio de la noche escribí este pasage.

En la España libre é independiente, año 3.º de la Constitucion, y 1.º de la libertad de su Rey FERNANDO el deseado.

Importa decir que la publicacion de este papel no ha tenido su origen en el interes peculiar del Editor para ennoblecerse con el nuevo sistema; pues por su nacimiento pertenece á la mas antigua y calificada nobleza: ni para mejorar la suerte de su descendencia; pues no le ha puesto Dios en estado de tener familia: ni para afianzar algun puesto afortunado en que le hubiese podido colocar el nuevo orden de cosas; pues aunque desde el momento de la santa insurreccion nacional le nombró la provincia de su naturaleza y residencia por uno de los representantes en su Junta, entonces soberana; aunque esta le confirió, entre otros cargos distinguidos, el de Comandante general de la misma provincia y de los cuerpos de sus voluntarios; aunque despues fue electo Diputado por dicha provincia para las Córtes extraordinarias (no obstante que un extraño incidente le privó de esta gloria); y aunque tubo el honor de verse designado por los papeles públicos para individuo de la Regencia; se ha satisfecho su ambicion con volver á ocupar el reducido empleo, que desempeñaba antes de la revolucion: creyendo bien

premiadas sus tareas políticas y sus fatigas militares, con la satisfaccion de haber llenado sus deberes ¹ y de ver cumplidos sus deseos en la libertad de su PATRIA, y la gloriosa restauracion del trono de FERNANDO el DESEADO.

¹ Y sobre esta asercion (porque tampoco se entienda que teme la remocion de los altos funcionarios) desafia á la Nacion entera, y muy especialmente á la provincia de su naturaleza, ante cuya faz se publica esta *nota*, á que la desmientan solemnemente produciendo una sola queja de parcialidad, injusticia, dilapidacion, y aun exaccion de un solo maravedí, á pesar de todas las privaciones que rodeaban á las tropas heróicas de su mando. Pues en el solo caso ejemplar (sin segundo) en que se vió precisado á mandar exigir una multa de doscientos ducados (á instancia de un magistrado por desprecio escandaloso de su autoridad) fue entregada aquella suma al Comisario de la division, bajo el competente recibo de éste, para que respondiese de su legítima inversion.

premiadas sus tareas políticas y sus fatigas mi-
litares, con la satisfacción de haber llenado sus
deberes, y de ver cumplidos sus deseos en la
libertad de su Patria, y la gloriosa restau-
ración del trono de Fernando el Desamado.

Y sobre esta asercion (porque tampoco se enten-
da que tiene la renocion de los altos funcionarios) de-
safa a la Nacion entera, y muy especialmente a la
provincia de su naturalidad, ante cuya faz se publica
esta obra, á que la desaminta solemnemente produ-
ciendo una sola prueba de parcialidad, injusticia, dis-
tincion, y una exaccion de un solo maravedí, á pe-
sar de todas las privaciones que rodeaban á las tropas
heroicas de su mando. Pues en el solo caso ejemplar
(sin segundo) en que se vio precisado á abandonar exi-
gir una multa de doscientos ducados (á instancia de
un magistrado por desprecio escandaloso de su autori-
dad) fue entregada aquella suma al Comisario de la
division, bajo el competente recibo de éste, para que
respondiese de su legitima inversion.

siempre suprema; con tanto que sus deberes
para con la Patria, y con el Rey, sean siempre
los primeros, y los mas sagrados. Y en esta
ocasion, como en todas las demas, se ha
de tener presente, que el honor de la Patria,
y el de su Rey, son los primeros, y los mas
sagrados. Y en esta ocasion, como en todas
las demas, se ha de tener presente, que el
honor de la Patria, y el de su Rey, son los
primeros, y los mas sagrados.

